

Las horas corren como minutos, el tiempo se acelera y se transforma en imágenes atravesando y reproduciéndose en cadena por mi mente. Solo bastaba un momento, un instante para que todo mi alrededor se alborotara y el caos se adueñara de mí.

Mantengo mi vista en un punto fijo de la pared, no puedo evitar recordar lo sucedido. Volteo la mirada hacia mis costados -solo a veces- para observar a la gente caminando, pero en sus rostros solo puedo verla a ella. Se mueven alrededor de la habitación con papeles en sus manos. Me miran con extrañeza, como si de un intruso se tratase.

Aún cargo la sangre en mis manos, aunque ya no esté físicamente presente en ellas.

Mis pensamientos rebotan en mi mente y se convierten en un eco infinito, ¿alguna vez has sentido que todo se desmorona a tu alrededor? Sí, aquel pavoroso estremecimiento que recorre tu cuerpo de pies a cabeza recordándote que todo va de mal en peor. ¿Por qué? ¿Por qué tuvo que irse? Quizá el problema no era su ausencia, el problema era que cada día la esperaba. Esperaba que atravesara la puerta de casa con su sonrisa de punta a punta. Pero esta vez había sido diferente, lo único que vi al atravesar la entrada fue aquel ineludible charco carmesí debajo de su cuerpo ya inerte.

Olvidar... ¿cómo te olvidaría mamá? Si cierro mis ojos y allí estás tomando tu café amargo. ¿Cómo te borro de mi mente? Si aún tu aroma a rosas está impregnado en cada rincón de la casa. ¿Cómo te callo? Aún en el silencio puedo oír tu dulce y -a veces- colérica voz.

-Ya es hora. Vamos. -Dice aquella elegante mujer mientras toma su fina cartera y se levanta del asiento que estaba junto al mío.

- ¿Adónde me llevan? ¿A..do..don...de iré?- Solo me hace una señal con su mano, indicando que nos fuéramos.

Tomé mi maleta y la seguí sin cuestionarme. No podía negarme, era menor de edad, tenía 16 años. Estaba solo. Atravesamos un largo pasillo, al final se encontraba el destino... mi nueva habitación.

Solía ver aquellas películas de niños en orfanatos, pero jamás me hubiese imaginado que terminaría en uno. A diferencia de aquellos niños abandonados, a mí no me habían dejado; la muerte me había arrebatado a mis padres. Cuando papá murió,

una mitad de mí se fue con él. ¿Mi otra mitad? Se despidió de mí cuando me percaté de que aquella bala había definido el último respiro de mi madre.

-Esta es tu habitación, por ahora estás solo. Será hasta que consideren que estás apto para trasladarte con lo demás niños. Está algo deteriorada, pero podemos pedir una pequeña remodelación- explicaba la elegante mujer- ¿te parece?

-Sí, gracias. - Contesté por educación, verdaderamente eso era lo que menos me importaba -si es que algo realmente me importaba- en este momento.

Pasaron algunos meses desde aquella tragedia que me traería hasta aquí. Dicen que no estoy listo, que aún no he progresado lo suficiente; no estoy preparado. Nadie lo está. Es trabajoso fingir que puedo lidiar con esto yo solo. No queda lugar dónde girar, las paredes siguen quebrándose y se vuelven sinónimo del transcurso del tiempo.

Me acerqué a la ventana a contemplar las estrellas, esta noche averiguaría que es lo que necesitaba hacer para terminar con este estado que tanto me agobiaba. Fabricaría una mentira y me la creería.

Las cuatro paredes me hicieron sentir pequeño frente al luminoso firmamento, pero al menos, la soledad se volvió más ligera en compañía de los astros. En especial, aquella que me hacía sentir como si mi madre estuviese custodiándome desde la bóveda celeste, prevaleciendo proyectada en mis ojos eternamente. Podía encontrarla-con un poco de esfuerzo visual- en cada anochecer, lejos del Sol. Me recordaba a aquella noche de verano en la que nuestras miradas se alzaron hacia la intemperie y mi madre me la presentó, señalando ese pequeño destello en el cielo. - Puede que los centelleos de aquella estrella sean algo débiles, pero la simplicidad atrae la grandeza. Por eso recibes su nombre, mi pequeño pero grande Alcor. – Me dijo tiernamente.

Mi mirada casualmente descendió hacia dónde estaba aquella figura femenina algo difícil de visualizar. Estaba sentada, silenciosamente oculta entre el pastizal y la oscuridad de la noche; con sus dedos entrelazados en lo que parecía ser un telescopio.

En las mañanas, algunas veces, nuestras miradas se cruzaban al atravesar los pasillos del orfanato y siempre me devolvía una débil pero simpática sonrisa. Aquella niña de cabellera oscura tenía algo que cautivaba mi atención, cada noche me arrimaba a la ventana admirar el cielo azul y allí estaba ella; merodeando solitaria entre la hierba

junto a su telescopio, y a veces acompañada por quién parecía ser su hermano, un niño un tanto menor que ella.

Todas las noches fueron iguales durante unas semanas; desde el atardecer hasta el amanecer se mantenía pegada a su compañero óptico. Pero aquella nocturna rutina un día cambió. Aquel ocaso que reclamaba su ausencia me obligó a abandonar la vista a través del cristal y a obtener una perspectiva más frontal. No esperaba que su desaparición fuera momentánea.

-Es hermoso, ¿no crees? - su imprevista voz interrumpió mi contemplación.

-Lo es...- afirmé tímidamente.

-Veo que mi plan acerca de llegar unas horas después del crepúsculo funcionó.

- Dijo entre risas. - Por fin bajas.

- ¿Ya me habías visto? - pregunté avergonzado.

-Cada atardecer, pero no te preocupes puedo entenderlo. Mi nombre es Mizar, - dijo con mucha seguridad- ¿el tuyo?

-Alcor- Contesté fríamente.

- ¡Wow! ¡Qué místico! - . ¿Crees que sea casualidad? - Quedé en silencio, no entendía a lo que se refería.

- ¿Cómo terminaste aquí?

-Después de que mi padre falleció, mi madre y yo nos quedamos solos. Cuando llegué a casa ya era muy tarde, no había solución. Fue todo muy rápido... le arrebataron su vida de un disparo. Ahora ella no está... y yo estoy solo, ¿no lo ves?

-Lo veo... y lo comprendo. En algún momento mis huesos han sentido frío en la calle y también he estado asustada. -Pero no estás sola, no podrías entenderlo. - Interrumpí.

- De todos modos, ha de ser lindo estar del otro lado de las puertas. Dime, ¿cómo es afuera?

-Es... desquiciado. Lugares desgastados, caras familiares, rostros exhaustos. Alegres por fuera, desfallecidos por dentro... listos para su rutina diaria. De alguna manera es divertido, pero de cierto modo lo encuentro triste. Es complicado expresarlo, porque es difícil de asumir.

-Pero... ¿qué hay de ti? Estando aquí he entendido que lo que importa no es lo que el mundo tenga para ti, sino lo que tú le aportas.- Dijo esperanzada.

-No necesito estar aquí para entenderlo. - refunfuñé.

-Sabes... tienes razón. Quizás no conozca la verdadera soledad. Pero he pasado la mayor parte de mi vida encerrada aquí junto a mi hermano, no hay mucho para ver acá adentro. Eso me ha llevado a preguntarme que hay más allá de lo que conozco... pero también adoro este lugar. Me gusta mirar al horizonte e imaginarme los incontables lugares que hay en el mundo y todas sus posibilidades. - Mizar tenía una actitud extrovertida, expresaba francamente sus pensamientos y sentimientos sin temor alguno. - ¿Alcanzas a ver aquel destello? -Continuó. - A simple vista parece una única estrella, pero la realidad es que son estrellas binarias. ¿Y sabes qué es lo místico de lo que te hablaba? Que llevan nuestros nombres. Alcor es el compañero débilmente perceptible de Mizar... pero allí está.

-Mizar y Alcor... un doble a simple vista. - Pensé en voz alta.

-Los árabes del desierto consideraban a la capacidad de distinguir a Mizar y Alcor como una prueba de visión penetrante. Pero muchas veces para resolver a Alcor era necesario observarla a través de un telescopio.-

-¿A qué quieres llegar?- pregunté intrigado.

-A veces la vida no cumple nuestras expectativas o ideales, y no hay nada más que se pueda hacer. Excepto observar y observarnos.

-Observar...- medité.

-Sí, observar más allá de lo que nos permite nuestra visión. No podemos pedirle a una estrella que vuelva a explotar como una supernova ni hacer que una galaxia gire más rápido o lentamente, estamos limitados a la observación del cosmos. - Ejemplificó- Y muchas veces hasta nuestra visión se encuentra limitada, pero podemos profundizarla a través de un telescopio. -Dijo metafóricamente.

-Debemos funcionar como telescopios de nuestro propio universo. - Afirmé.- Muchas veces es necesario ampliar nuestro panorama para observarnos interiormente y descubrir los detalles más pequeños de nuestra persona y de lo que nos rodea.

-Así es... y dime Alcor, ¿tú que observas en tu interior a través de "tu telescopio"?- Preguntó curiosamente mientras su penetrante mirada atravesaba la mía.

- En una galaxia distante y lejana, a través de mi telescopio veo un par de ojos mirándome. Él habla, camina y luce como yo. Llena toda su vida de cosas sin sentido y ansioso por el porvenir del futuro se pregunta cómo resultará todo. Atemorizado de lo que la verdad pueda traer, cierras sus puertas y no se permite escrutar lo extrínseco del mundo. Buscando frenéticamente sus sueños se pregunta de qué se trata todo. – Murmuré.

- No tengas miedos por tu futuro y tus sueños. Son fugaces, se retiran. -Contestó con simpleza.

- ¿Cómo podría no tener miedo por ellos, cuando son lo único que me queda?
¿Cuál es la solución?

- ¿No te has dado cuenta? Ya has respondido esa pregunta anteriormente. Siendo telescopios... donde cada pieza es fundamental. El trípode puede inclinarse y girar, para que podamos examinar las diferentes áreas del cielo. El objetivo, que apunta a objetos astronómicos. Y el ocular, situado en el otro extremo, a través del cual se puede ver la imagen formada por el objetivo. Necesitamos ser como “trípodes”, girar para descubrir todas las posibilidades que nos rodean, inclinarnos hacia lo útil, rechazar lo infructífero de nuestra vida; fijar un “objetivo”, que quizás al principio sea difícil de visualizar como posible. Y estar atentos para analizar el resultado que, con un poco de esfuerzo, nos devolverá aquello que alguna vez solo fue una meta. – Sus analogías se habían vuelto costumbre en nuestras conversaciones.

-Estoy desconcertado Mizar...cada vez es más difícil mirar a Alcor sin recordar a mi madre. Puede que tenga los lentes, el trípode y el ocular; pero me falta lo más importante... el objetivo.

-No observes a aquella estrella desde la melancolía y la tristeza. Para fijar tu objetivo, primero debes tener la certeza de lo que quieres ver. Todo lo que sabemos del universo nos llega a través de la luz, no solo de la luz visible, sino de todos los tipos de luz. Dependiendo de lo que queramos observar, será más conveniente usar un tipo de luz u otra.-Sus palabras me enredaban.- Observar en todos los tipos de luz es disponer de todas las piezas necesarias para resolver el rompecabezas que nos plantea el universo.

Y tú, ¿desde qué luz quieres observar?

La noche culminó en aquella conversación. Miramos por última vez a Mizar y a Alcor, ella a simple vista, yo con su telescopio. La mañana próxima la rutinaria sonrisa se volvió a repetir, pero esta vez acompañada de la oración: - "Los rayos de luz que atraviesan el objetivo se juntan y concentran en un punto, un punto llamado foco, Alcor".
- Cada una de sus palabras eran un enigma a resolver.

Aquella frase me dejó anonadado varias noches, pero sentía que sabía a lo que se refería.

Los días siguientes no la volví a cruzar por los pasillos, quizás por fin había podido salir hacia el mundo exterior que tanto anhelaba conocer.

Aún así, al mirar el cielo la escucho susurrando detrás de los campos de estrellas. Allí está Mizar, en la Osa Mayor, es una de las más brillantes de aquella constelación. Quizás, al igual que todo lo místico en ella, nuestros nombres también lo eran o su credulidad era demasiada. Pero de algo estaba seguro, el abatimiento que en algún momento había sentido al mirar a Alcor se había transformado en un hermoso recuerdo. "Punto focal". - Pensé. Si, si entendía aquella frase con la cual se había despedido de mí.- Ser colectores de luz capaces de recolectar mucha más luz que la que pueda coleccionar el ojo humano. Ser colectores de luz capaces de devolver una imagen, capaces de devolvernos y devolverle algo al mundo.